

CUADRAGÉSIMO ANIVERSARIO DEL IOA

Fernando Tinajero
Universidad de Otavalo

Señoras y señores:

Cuando Plutarco Cisneros me dio la noticia de que al fin habían culminado sus arduas gestiones para alcanzar la aprobación legal del Instituto Otavaleño de Antropología, yo no podía imaginar que al cabo de cuarenta años me correspondería pronunciar el discurso de orden en la celebración de este aniversario. Tampoco podía imaginármelo hace dos meses, cuando sabía ya del proyecto de esta celebración, porque soy consciente de que mi relación con este Instituto no pasa de ser la del amigo cordial que sigue con atención la vida de una entidad admirable. Las razones del corazón, como decía Pascal, también

en este caso han sido más fuertes que las de la Razón y me han traído a este lugar de tantos recuerdos, bajo el estímulo de voces amistosas que acaso han querido recompensarme de este modo por una fidelidad que ha podido atravesar diversos avatares y ausencias. Mis palabras, por lo tanto, son ante todo el pago de una deuda que empecé a contraer aún antes de que naciera la idea de fundar este Instituto.

No será exagerado decir que tal idea fue la versión específicamente otavaleña de esa suerte de huracán que atravesó la conciencia ecuatoriana en la fabulosa década de los sesenta. Todo el que haya vivido aquellos años puede recordar que entonces el mundo entero fue sacudido por un irrefrenable afán de cambio, cuyos estremecimientos alcanzaron por igual los grandes principios de la ciencia, la filosofía y la religión, y las costumbres cotidianas. Al mismo tiempo, vientos de libertad, justicia e independencia soplaban en los cuatro puntos cardinales, provocando novedades insospechadas en la lejana África, en la heroica Asia del Sur y en la cercana Cuba. Situado en lo que Iván Carvajal ha llamado «el lejano Occidente», el Ecuador fue en ese instante contemporáneo del mundo: aquí y allá, como si hubiesen sido convocados por una misma voz inapelable, diversos grupos aparecieron en la geografía patria siempre

marcados con los mismos afanes de transformación, que a veces, como en el caso quiteño, estuvieron envueltos en una iracunda iconoclastia. Participando de ella, pero sin perder de vista el solar nativo, el grupo otavaleño que llegó a los sesenta cuando todos sus miembros frisaban los veinte años, intentó primero los caminos del arte teatral para desembocar por fin en la preocupación sustantiva de indagar en los fondos insondables de la cultura propia de las comunidades raigales de la tierra. Y fueron esas preocupaciones las que alimentaron el sueño, al comienzo inverosímil, de fundar un instituto que hiciera posible la investigación sistemática de lo que fuimos y de lo que seremos, atravesando el inquieto presente de las ilusiones que aprenden a pisar el suelo.

En Quito, ya lo he dicho, la fiebre de aquellos años se expresó bajo la forma de un irreverente quehacer literario, cuya consigna fundamental, aparentemente contradictoria, podría sintetizarse en la voluntad de abolir el pasado para reencontrarlo. Tal paradoja se entiende por mediación del concepto de *inautenticidad*, cuya propia indefinición hizo posible que en su nombre se negara todo valor que no fuera el de un futuro apenas entrevisto. Se quería, por lo tanto, abolir el «pasado inauténtico» para recuperar el «pasado auténtico», sin que nadie haya sabido claramente qué

se entendía bajo esos nombres.

Pero ese doble propósito parecía exigir una minuciosa labor de investigación histórica para poder distinguir lo perecible y lo recuperable, lo que podía abandonarse y lo que era imprescindible conservar. Los tiempos que se vivían, sin embargo, no se presentaban propicios para las reposadas tareas de la investigación, y tal fue la causa de que el movimiento quiteño haya elegido la faena poética, entendiéndose que solo en poesía puede el hombre habitar para aunar en su ser las opuestas dimensiones del tiempo.

Fue Otavalo, en cambio, el escenario de esa búsqueda de autenticidad de un pasado que se consideraba falsificado por la perniciosa acumulación de falaces visiones ideológicas. Mientras los jóvenes poetas de Quito se afanaban con pasión desbordada en la creación de un mundo que parecía prescindir de toda suerte de ataduras, su contraparte otavaleña decidía ir más allá de sus propios límites, renunciaba a la inmediatez del quehacer literario y se sumía en un proyecto que lucía descabellado: sin contar aún con los elementales trebejos del oficio, se dio a la tarea de edificar un sueño que no pudiera ser demolido por los vientos que borran las palabras. Y en esa tarea, fuerza es decirlo en alta voz, el corifeo fue sin duda

Plutarco Cisneros Andrade, capaz como nadie de contagiar a los demás su entusiasmo desbordante y de pasar con absoluta naturalidad de las más intrincadas consideraciones sobre los entreligues de la cultura a los más inhóspitos parajes del cálculo financiero.

Acaso sea esa extraña versatilidad el secreto que permite explicar la sobrevivencia de este Instituto, después de cuarenta años de vida fructífera. Si los afanes iconoclastas marcaron en Quito un hito conflictivo en el desarrollo de la poesía ecuatoriana, la convivencia del sueño y el realismo permitieron en Otavalo la edificación de una obra que en sus propios muros exhibe el espíritu que le anima: la actualidad de una arquitectura concebida como renovación formal que sin embargo conserva la tradición, cobija aquí un enorme acervo de conocimientos cuya vasta riqueza es todavía difícil de apreciar en toda su dimensión. Nadie en el Ecuador, y ni siquiera en la propia comunidad otavaleña, sabe exactamente cuánto saber se ha ido aquí depositando en los archivos del Instituto de Antropología, esperando que una nueva convocatoria lo invite a movilizarse. Esa convocatoria, por fortuna para todos, ya ha sonado, y una vez más, ha sido dicha por la voz de Plutarco Cisneros, de cuya imaginación prodigiosa salió hace muy pocos años la nueva idea de una universidad en cuyas aulas sea

posible dar nueva vida y funcionalidad al saber acumulado en el Instituto. Esa Universidad ya existe, y está haciendo posible la transmisión y multiplicación del saber de lo propio, que no fue descubierto ni creado para dormir en el silencio de los fondos documentales, sino para circular libremente en las aulas, sometido al vaivén de las interpretaciones que a cada paso abren en él perspectivas siempre prometedoras.

Hoy, en plena madurez, el Instituto Otavaleño de Antropología y su prolongación fundamental, la Universidad de Otavalo, han llegado a ocupar un sitio nada desdeñable en el contexto de un país de inocultable vocación por la cultura. Por supuesto, no quiero suscribir ahora la tan errada tesis de una hipotética grandeza cultural por la cual podamos recuperar una patria perdida. Lo que quiero es mirar cara a cara la realidad, sin afanes de grandeza ni resurrección, pero con claro sentido de esa llamada interior que nos ha movido siempre hacia la dramática pregunta de lo que somos: tan pronto como la planteamos, es inevitable reconocer que, entre las múltiples respuestas posibles a tan incisiva pregunta, algunas por lo menos han sido formuladas desde aquí, desde este Instituto, bajo cuya sombra protectora se ha desarrollado, a lo largo de estos cuarenta años, algo muy próximo a una escuela de pensamiento.

No es frecuente que esto ocurra en el Ecuador, donde la falta de continuidad y la improvisación parecen ser la única garantía, muy pobre por cierto, de las pequeñas individualidades que transitan en las instituciones. Aquí, en este Instituto, las cosas se dan de otro modo —tan de otro modo que las primeras y aún vagas intuiciones formuladas en una ya lejana convención de quichuistas celebrada en el naciente Instituto de los primeros tiempos, pueden aún ser reconocidas en el trabajo universitario de estos días y en los nuevos proyectos de investigación que están tomando forma.

Pero no se crea que ésta ha sido una tarea fácil, llevada a cabo con el exclusivo fundamento de una afición parroquiana. Hora es de recordar que esta permanencia de los resultados obtenidos en este Instituto se debe al concurso de las más importantes inteligencias del mundo en materia de arqueología, antropología y etnohistoria, cuyo quehacer estuvo precedido por el desarrollo callado y modesto, de una filosofía fundamental acerca de lo propio y lo ajeno, acerca de la identidad y la comunidad, acerca del pasado y el futuro. Solo así puede explicarse que los fervores de un tiempo de agitaciones incontenibles hayan podido plasmarse en una obra imperecedera, que es ya un monumento vivo a la cultura y a Otavalo como sede de una cultura incalcula-

blemente rica.

A la altura de mis años la memoria suele tornarse esquiva, y temo no poder recordar los nombres de todos los eminentes hombres de ciencia que llegaron desde todos los rincones de la América nuestra y de los Estados Unidos, para reunirse con sus colegas llegados desde Europa y participar en una tarea conjunta de investigación que se encuentra plasmada en la inolvidable colección llamada *Pendoneros*, cuya sola existencia es ya un testimonio fehaciente de la fecundidad del trabajo realizado. Pero no he podido olvidar, pese a los años, a Frank Salomon ni a John Murra, a Udo Oberem ni a Horacio Larraín, a Fernando Plaza, a Luis Rodríguez, a Yuri Zubritsky ni a John Stephen Athens, que en distintos momentos, pero movidos por el mismo afán de búsqueda, fueron huéspedes del Instituto y hermanos de los otavaleños. Pienso que es el momento de rendirles un cálido tributo, haciendo visible que la comunidad otavaleña sabe bien que la gratitud es acaso la virtud que más ennoblece al ser humano.

Pero del mismo modo, sería preciso recordar a todos los que, desde el propio suelo natal, acompañaron a Plutarco Cisneros en esta obra gigantesca, que es en rigor la obra de una generación. No quiero incurrir en omisiones, y me

abstengo de llamarlos por sus nombres; pero no puedo evitar un recuerdo emocionado de aquellos hermanos de ayer que se nos adelantaron en la muerte después de haber soñado con nosotros el mismo sueño que hoy es una realidad tangible de cuatro décadas. Mi homenaje, por lo tanto, a Efrén Andrade, a Vicente Larrea y a Álvaro San Félix, cuyo hálito fraterno circula todavía entre estos muros, recordándonos que están siempre con nosotros, alegrándose ahora por la tarea cumplida.

Y por fin, vaya una palabra calurosa para aquellos compañeros más fieles, que hasta el día de hoy están presentes, contribuyendo con su esfuerzo para la continuación de la tarea: Marcelo Valdospinos, a cuyo cargo se encuentra hoy la dirección del Instituto, y Edwin Narváez, colaborador indispensable de Plutarco en la ardua tarea de levantar la joven Universidad de Otavalo. Junto a ellos se encuentran todavía Hernán Jaramillo, Carlos Coba, José Echeverría y otros, que también merecen de nosotros el abrazo agradecido por la constancia en un esfuerzo que no ha tenido otra recompensa que la satisfacción del cumplimiento de un deber identificado en la primera juventud.

Permítanme terminar expresando mis votos por el futuro de esta institución inseparable ya del corazón de los otava-

leños y merecedora de un reconocimiento de la Patria agradecida.

Señoras y señores.